

## LA SORPRESA DE EXISTIR

*Mirando desfilar los bosques por la ventana del vagón, no pensaba en nada preciso. De pronto se hizo en mí un cambio profundo como si de la percepción de los sentidos hubiere pasado a una percepción muy interior. Los árboles que huían se veían de repente más grandes que ellos mismos. Alcanzaban una dimensión prodigiosa en profundidad. Toda la foresta parecía hablar y hablar de algún Otro, se convertía en una floresta de símbolos y parecía no tener otra función que señalar al Creador.*

*Jacques, que más tarde hizo alusión en uno de sus libros a esta impresión tan vivamente sentida, encuentra allí un caso de “experiencia metafísica” A la vista de una cosa cualquiera - dice él - de una brizna de paja o de un molino de viento, un alma sabrá en un instante que las cosas no son por ellas mismas y que Dios es. Me ha sucedido también, antes de conocer la certidumbre de la fe, experimentar por una intuición súbita la realidad de mí ser, primero un principio profundo, que me coloca fuera de la nada. Intuición poderosa cuya violencia a veces me desanima, pero que primero me ha dado el conocimiento de un absoluto metafísico. (Raïssa Maritain, “Las grandes amistades”).-*

En un tono simple y natural nos da la sensación que nosotros habríamos podido hacerlo. Raïssa evoca una experiencia que está en el corazón del pensamiento de Jacques; él mismo cita, como un eco, al romántico alemán Jean-Paul Richter: “Una mañana, era un niño aún, estaba en el umbral de la casa y miraba a la izquierda, hacia un fuego encendido, cuando de repente me vino del cielo, como un rayo, esta idea: Soy alguien, ese alguien que ya no me dejará más, lo he visto por primera vez, y para siempre”.

Experiencia fundante, una sorpresa, un maravillarse, un candor, y con aquello se reconoce una familia espiritual, una relación secreta con la contemplación por los caminos. Es un contacto de nuestra conciencia con la realidad primera, nuestro ser y el Ser están milagrosamente “asidos”, “empalmados”. Más frecuente en los poetas que en los filósofos, está en el corazón de la emoción poética, de la intuición creadora, del sentimiento de lo sagrado, es la sensación de una presencia. Así es como Jacques lo expresa:

*“Lo que percibo entonces es como una actividad, una consistencia, pero superior a todo orden imaginable, una tenacidad vivaz, precaria) e implacable al mismo tiempo (en mí, fuera de mí, alzada como el clamor de una vegetación universal), porque las cosas suceden, superan un desastre*

*posible, se sostienen, y porque tienen en ellas mismas lo que necesitan para ser. (J.Maritain)*

“Eso existe, “yo existo”: es todo lo que se puede decir, pero con los mismos sentimientos de pavor y de adoración que tuvo Moisés delante del fuego ardiente, ese fuego que se quemaba sin consumirse, ya que estaba habitado. Es con razón que Etienne Gilson ha hablado de una metafísica del Exodo, porque Dios revela ahí su nombre secreto: “El que Es”. Es la metafísica de Occidente, la que comparten los tres grandes monoteísmos, y que solo para ellos ha sido posible, por la Revelación del Nombre.

Esto nos explica como la experiencia del ser participado llama al Ser por naturaleza, el Ser cuya naturaleza es existir. Las dos experiencias nos colman, y nos llevan a la mística, en cierto sentido. Una se hace por medio de la inteligencia intuitiva, en un amor natural a la existencia; la otra se hace por medio del amor sobrenatural de caridad superabundante en conocimiento, es una experiencia nupcial, de una unión imposible de describir.

La primera condición de la experiencia del ser es el ejercicio de una atención fluctuante, lateral, - *no pensaba en nada preciso, decía Raïssa*. Es que no pensando sino en la existencia de una cosa, es que su realidad se me hace evidente. Así mismo, en la vida de oración, las personas espirituales hablan de una “noche de sentido”; no se vuelve a orar como antes, al fijarse en una palabra, en una escena o en una imagen; el reposo tranquilo que se ha encontrado, suerte de contemplación adquirida, y que a veces se hace imposible. Uno se inquieta, se culpabiliza, se ve reducido a la impotencia. Todo el ser está atento, ¿pero de qué? Y cuando el encuentro sucede, lo sentimos menor en profundidad a lo esperado. Es un contacto de nuestra conciencia con la realidad primera. Nuestro ser y el Ser están conectados.

La otra condición de esta experiencia es la presencia difusa del mundo natural en sus realidades elementales: el cielo y la tierra, el viento y el “*movimiento lento de las nubes en el cielo*”. Lo que los antiguos llamaban “los elementos del mundo”, de ese mundo que veían pleno de dioses, de espíritus, de poderes; es el mundo de Jesús y de Pablo, pues la naturaleza viene a ser “el quinto evangelio”. El mundo de San Bernardo y de San Francisco – el *Cántico de las criaturas*.